

Cuando volver es regresar

De un golpe seco bajé la portezuela del baúl de mi auto y me dispuse a controlar en el asiento de atrás la carpeta que guardaba el escrito que me hacía volver a Cartagena. Cartagena de Indias, mi ciudad natal.

–¿Llevas todo, preciosa? –me sorprendió Diego, mientras me tomaba por la cintura.

–Creo que sí –atiné a responderle. Sabía exactamente a qué se refería. No le importaba “todo”, me hablaba de “eso”. A mí me costaba ponerlo en palabras a pesar del tiempo y a él, contagiado de mis vacilaciones, se le hacía aún más difícil.

–Vuelves, ¿verdad? –su afirmación-pregunta me cosquilleó el estómago.

–Claro. ¿Por qué no habría de hacerlo?

Los dos sabíamos que mi interrogante encerraba una

respuesta que ninguno se animaba siquiera a invocar. Y era mejor que quedara así, como una pregunta retórica.

–¿Qué ruta tomarás? –preguntó desviando la conversación por otros rumbos.

–La ruta del Sol; es más pintoresca y rápida. Hago noche en Aguachica. Ya reservé hotel.

–Aún no comprendo por qué no tomas un vuelo hasta Cartagena.

Miré a Diego con gesto de “ya lo hablamos”, para no comenzar la discusión nuevamente cuando faltaban dos minutos para alejarme de él.

–Buen viaje, amor. Escíbeme no bien te detengas. ¡Ah, no uses el celular en la ruta! Voy a llamarte desde un número privado para comprobar que no lo estás haciendo. –Su sonrisa generosa me abrazó como cada vez que me miraba.

–No lo harás. Confías en mí –le dije mientras le guiñaba un ojo y me alejaba de su silueta para subirme al auto.

Me abroché el cinturón de seguridad, me acomodé las gafas de sol sobre la nariz y sintonicé la estación de radio que escuchaba en Bogotá: Solo Latinos. Para noticias estaba Diego, me mantenía informada de los asuntos nacionales y los internacionales. En honor a la verdad, nada me importaba menos que saber cuánto cotizaba el euro, qué sucedía con los cárteles mafiosos o cuál era la estrategia política que nuestros funcionarios tramaban para liberarnos de las penurias.

–No sé cómo haces para vivir tan desinformada –solía decirme.

Estábamos juntos desde hacía tres años y él me conocía tanto que me asustaba. Quince años mayor que yo, peinaba unas encantadoras canas en su cabello oscuro que lo volvían irresistible.

Cuando desembarqué en Bogotá, a los 27, tuve la fortuna de conocerlo, y también al equipo de socios y colaboradores que trabajaban en su estudio jurídico, en el que me tomaron casi de inmediato. Aún recuerdo la tarde de la entrevista. Había tenido una más temprano, que se había demorado, por lo que me obligó a correr las últimas cuadras para llegar a tiempo. Afuera, el sol del mediodía entibiaba la ciudad. Entré a las oficinas tan acalorada y agotada que, por el gesto de Simona, la recepcionista, advertí que debía verme como en medio de una maratón, si no fuera por mi vestimenta. De inmediato le pedí pasar al baño. Me retoqué el maquillaje como pude y acomodé mi cabello en una media cola para despejar el rostro. Me mojé las manos y me refresqué la nuca. Salí del cuarto de baño renovada y terminé de recomponer mi vestido antes de volver a asomarme a la recepción.

–Dime la verdad –le dije–, ¿me veo más decente?

Y antes de que Simona pudiera asentir, o rectificarme, una voz masculina sonó desde el pasillo:

–Desconozco cómo te veías, pero juraría que “decente” no sería un término para referirme a tu aspecto.

Me ruboricé al instante y bajé la mirada al mostrador que separaba a Simona del resto de los humanos que estábamos en las oficinas de Corrales Garzón y Asociados, y la

marca en corpóreo azul oscuro resaltó sobre el gris perla del fondo.

Simona sonrió y por fin pudo dar respuesta a mi pregunta.

–Claro que sí. Matías, de la puerta 8 que está al final del pasillo, te tomará la entrevista. Solo pregunta por él, porque ahí dentro trabajan Matías y Fernando.

–Perfecto. Gracias –manifesté con vehemencia y caminé hacia el pasillo.

Con el tiempo Diego me contó la conversación que tuvo con Simona cuando desaparecí por el pasillo.

–Matías va a contratar a esa chica ni bien ponga un pie dentro de su oficina.

–Debería. Tiene muy buenas referencias de la Universidad de Cartagena. Y sus calificaciones son las más altas que vi.

–¿Esa información llegó por correo electrónico? –preguntó con curiosidad.

–Claro, Diego.

–Pásamelo por chat interno. Luego de su entrevista, hablaré con Matías. Pero quizás le dé yo mismo la noticia.

No tardó en escribirme, por supuesto. A la semana estaba trabajando en uno de los bufetes de abogados más exitosos del centro de la ciudad. Sin embargo, a Diego le costó dos años enteros atraer mi corazón. A pesar de su insistencia, como compañero de trabajo era respetuoso y discreto. Jamás, a excepción de esa pícaro primera conversación con Simona, se notó que él aguardaba una respuesta de mi parte. Hasta que llegó el día en que por fin di el sí. Nuestros

compañeros se alegraron ante la noticia, sobre todo por él, que estaba divorciado de su primera esposa hacía una década y, hasta que yo me decidí, no había presentado oficialmente a ninguna pareja. Luego de casi tres años de noviazgo, comenzó a rondar la idea de formalizar la relación. Sin embargo, había un impedimento de ligamen: yo todavía estaba casada con Santiago. Nuestra separación había sido de hecho, pero a ninguno de los dos parecía afectarnos esa irregularidad, por lo que no habíamos promovido el trámite. Diego no podía entenderlo, su estructura y formalidad eran incompatibles con mi situación. Pero, me dejaba ser, aun con mis decisiones erróneas y no opinaba al respecto.

Precisamente ese trámite era lo que me llevaba de Bogotá a Cartagena. Mi intención de que fuera en buenos términos, y en una presentación conjunta, me motivaba a recorrer más de mil kilómetros por ruta para conseguir la rúbrica de Santiago y olvidarnos del asunto. Cada vez que pensaba en los kilómetros, me preguntaba por qué no había decidido volar en avión, pero enseguida sopesaba la idea de contar con mi propia movilidad. Además, me rondaba desde hacía tiempo el deseo de pasar unos días de playa con Luciana y Carmen, por lo que también me convenía viajar en mi vehículo y utilizarlo como transporte. Tenía la seguridad de convencerlas de hacer ese viaje las tres solas. Años atrás lo habíamos hecho y en esta ocasión sería para celebrar mi divorcio, estado civil en el que permanecería hasta volver a casarme. *Qué ironía*, pensé con una sonrisa, *comenzar con los trámites de divorcio para poder casarme de nuevo.*

Primera estación de servicio y ya moría por un refresco. No tenía muchos fetiches, pero viajar sola sin una gaseosa y música alegre me parecía una ridiculez. Así que aparqué en una primera parada técnica. *Demasiado calor para un café*, me dije cuando ingresé a la cafetería de la gasolinera y el aroma tostado me llegó con intensidad en cuanto puse un pie allí.

Ubicada nuevamente en mi asiento, con un par de latas rojas en la butaca del acompañante, intenté sintonizar otra frecuencia que llegara hasta ese lugar, pero fue en vano. Hurgué en la guantera y encontré un pendrive que vaya a saber uno qué contendría. Ni siquiera recordaba tenerlo. Cuando lo coloqué en la ranura, la piedra de mi anillo destelló en mi dedo. No era una sortija de compromiso propiamente dicha, sino más bien un símbolo de perdurabilidad que Diego me había regalado la última noche que estuvimos en Valparaíso, Chile, en un viaje corto por trabajo. Como un reflejo de realidad, volví a mirar la carpeta donde se encontraba el escrito de divorcio que Santiago debía firmar.

Hacía un par de semanas, cuando por fin me decidí a armar la presentación judicial, cada vez que miraba el anillo, mis pensamientos me recordaban que aún estaba casada. *Ya se acaba*, me dije, y alcé el volumen del estéreo para ver qué sonaba. “Fuiste tú”, de Ricardo Arjona y Gaby Moreno:
–Ja, fuiste tú.

Llego a Aguachica en dos horas, más menos.

Le escribí un mensaje a Diego desde la última estación de servicio en la que tenía pensado parar antes de alojarme en el hotel que había reservado.

Y no estoy conduciendo. Bajé por algo de provisiones. Te quiero. Irene.

A medida que me iba acercando a la costa, el clima tropical me envolvía con su espíritu. Inevitable sentirme abrazada por esa cálida caricia en mi piel: durante veintisiete años, el tórrido sol del Caribe fue el telón de fondo de mi vida. La playa, el mar, la música, los colores de los barrios constituían el escenario perfecto para mi buen humor; sin embargo, mi tozudez no me permitía admitirlo abiertamente. Prefería convencerme de que mi desapego era absoluto. Un año atrás, cuando volamos con Diego para el cumpleaños de papá, estuvimos solo un fin de semana en temporada de lluvias, por lo que había visto el mar desde lejos. Estoica, soporté la distancia. Tenía la idea de desquitarme en los próximos días.

Al llegar a Aguachica, marqué el hotel en el gps y recorrí la corta distancia que me separaba de él pensando en el descanso. Cuanto antes finalizara el primer tramo, antes me pondría en marcha al día siguiente. Pasé por un sándwich para cenar y ya no volver a salir. Al llegar al hotel, hice el check in y subí dos pisos por elevador. El hotel era colorido, pero guardaba una línea sobria. Su estilo era de un hospedaje de paso, no de vacaciones. *Mientras tenga una*

recámara cómoda y un desayuno apetitoso me alcanza, me dije en el pasillo. Al abrir la puerta de mi habitación, me quedé tranquila. El primer requisito ya estaba cumplido. Dejé mi mochila de mano en un rincón y me saqué los zapatos. Me duché en tiempo récord y me puse el pijama. Cené mientras miraba medio capítulo de una serie aburridísima y apagué todo.

Me desconecto hasta mañana, lindo. Que descanses.

Leería su respuesta en la mañana, era su noche de póker semanal.